
LEGITIMACIÓN POSMODERNA (J. F. LYOTARD: LA CONDICIÓN POSMODERNA)

Luis Alberto Ayala Blanco

Lo propio de la posmodernidad es lo discontinuo, la escalada a los extremos, la imposibilidad de cualquier intento de síntesis: exacerbación de un mundo fragmentado cuyo sentido se encuentra cifrado en la celeridad de cada una de sus partes.

La posmodernidad no se opone a la modernidad como la fragmentación de un todo coherente y continuo; por el contrario, ambas participan de la efracción originaria, sólo que la modernidad apostó por el simulacro de un mundo si no sin fisuras por lo menos en proceso de:

La esencia de la modernidad parece consistir en la ruptura de un mundo simbólico donde las esferas de la ciencia y de la moral, del arte y de la política, constituían un conjunto coherente y posibilitaban una concepción global del mundo (...) Pero hay que reconocer que, ya en la Grecia clásica, se inicia la desarticulación de este conjunto armonioso —conocidas son las quejas de Platón al respecto— en un nuevo cosmos artificial: en una ciudad donde cada una de estas esferas adquiere una dirección y una aceleración independientes.¹

Estas palabras de Rubert de Ventós aclaran el estatuto caótico que comparten tanto la modernidad como la posmodernidad. De hecho, lo que las

¹ X. R. de Ventós, *Filosofía y/o Política*, Barcelona, Península, 1984, p. 57.

diferencia es un deseo, una prescripción fundamental: La modernidad quiere retomar el ideal de un cosmos unificado. Su lucha es la del artificio estructurador de una naturaleza catastrófica (naturaleza no necesaria, como pretendía Aristóteles, y sí azarosa en un sentido más bien hobbesiano; de igual forma, artificio como naturalización simulada del entorno, y no como desordenador exógeno del ámbito natural). Sin embargo, este tipo de artificio, que se esmeraba en urdir la desmarañada tela de lo social, ha entrado en un proceso de desmembramiento, despegándose como simulación hipertrofiada del tejido original, haciéndolo así doblemente irreconciliable: por un lado, desde una perspectiva del origen (ya que siempre reinó el azar y no la necesidad), y por otro, desde una visión de negación teleológica (en tanto el fin a seguir ya no es un FIN sino la inexorable proyección a los extremos).

La posmodernidad, por su parte, asume su carácter caótico buscando la supervivencia no en la creación de una gran estructura sino en la disensión creativa, posible únicamente en un consenso limitado y específico –no universal como pretende Habermas–, y en la expectativa de un constante juego y rejuego de las reglas que rigen su campo de acción.

Así, la diferencia entre Modernidad y Posmodernidad estriba en que la primera encuentra su razón en la yuxtaposición de un todo orgánico –no importando que sea utópico–; mientras que la segunda se atiene únicamente a lidiar, mediante ciertas reglas atenuadas a cambio, con la atomización de una realidad que no puede ser sintetizada.

Ahora, Lyotard centra la diferencia básicamente en el proceso de legitimación. Señala el paso de una sociedad que se legitimó con base en los grandes metarrelatos, a otra donde el metarrelato ha muerto y por tanto los procesos de legitimación han adoptado características que no se pueden analizar con los mismos parámetros de la modernidad.

La Legitimidad en la Posmodernidad

“Simplificando al máximo, se tiene por posmoderna la incredulidad con respecto a los grandes metarrelatos”.

La cohesión social producida por los grandes metarrelatos ha dejado de ser plausible. Ya no se cree más en el discurso integrador y redentor de las contradicciones inherentes a toda sociedad moderna.² La incredulidad es la esencia de la posmodernidad. La legitimidad ha entrado en proceso irreversible de deslegitimación, o al menos eso parece. ¿A qué gran fundamento se puede apelar ahora? La lucha de clases marxista está prácticamente liquidada; la dialéctica del espíritu hegeliana se quedó alienada, o en su defecto en la síntesis totalitaria; la emancipación del individuo mediante las prácticas comunicacionales fundamentadas en el consenso a que alude Habermas, está en absoluta contradicción con una sociedad donde la proliferación de lenguajes locales hace cada vez más difícil la práctica consensual, a la vez que la única manera de escapar a la tendencia entrópica que caracteriza a las sociedades posindustriales es a través de la disensión.

La opción de legitimación actual, o por lo menos la que ha predominado, es la "performatividad": eficiencia y eficacia; mayor rendimiento y menor gasto.

Es a partir de ésta que Lyotard hace la crítica y propone una legitimación por la "paralogía" (sistemática abierta, localidad, antimétodo, etcétera).

La decadencia de los metarrelatos implica un virage en el estatuto del saber. Ya no es ese substrato subyacente a toda representación humanística como referente axial. Ahora el saber también se encuentra diseminado en un sinnúmero de campos de acción. Como ya no proporciona más el ideal platónico de legitimación de las grandes construcciones sociales, pasa a ser un producto más, una mercancía intercambiable al igual que cualquier objeto suntuario: "El saber es y será producido para ser vendido, y es y será consumido para ser valorado en una nueva producción, en los dos casos, para ser cambiado. Deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su valor de uso".³

Pero paradójicamente retoma las riendas del poder. El saber, a partir de su nuevo estatuto, como objeto, mercancía, producto informacional,

² Ver D. Bell, "Las contradicciones culturales del capitalismo", México, CONACULTA, 1991. Bell plantea las inadecuaciones surgidas en una sociedad cifrada, por un lado, en la eficiencia y, por otro, en la creación cultural.

³ J. F. Lyotard, "La condición posmoderna", México, Rei, 1990, p. 16.

despliega su estrategia. Ahora tendrán el poder quienes copten el mayor número de técnicas de almacenamiento y distribución de la información. Por lo que la intrincada relación entre saber y poder no se desvanece, se transforma, se pierde para reencontrarse en una difusa pero transparente red de informaciones referidas a sí mismas.

Por lo mismo, quien maneje el mayor número de datos, de variables, será el más eficiente, y por ello implica ser el detentador de la legitimidad. Así, la belleza, la verdad y la justicia son obsoletas en tanto no son eficientes.

Ahora el saber se inscribe dentro de la era del valor de cambio. El valor es serial, equivalente. El intercambio se instituye como circuito de causa-efecto cerrado, sin entrada alguna a la disparidad y disparitaridad encarnada en el regalo, por ejemplo.⁴

Sin embargo, la performatividad es posible sólo si se refiere a un sistema completo, acabado, donde se puedan manejar todas las variables. Su lema "Sed operativos, es decir, conmensurables o desapareced",⁵ se tambalea en cuanto lo conmensurable se torna inmensurable; entonces lo que fenece por desquiciamiento es el propio sistema y la performatividad. Finalmente, la eficiencia solamente es tal reduciendo lo complejo, homologando las diferencias y adaptando las aspiraciones individuales a sus propios fines.

Es aquí donde la posmodernidad encarnada en los medios masivos de comunicación encuentra un doble camino a tomar. Por un lado, es el medio idóneo para homogeneizar las necesidades adaptándolas a la finalidad del sistema. Pero por otro, las posibilidades que implica una red informática cada vez más compleja provoca un cambio de expectativas en los individuos. La transparencia característica de las sociedades posmodernas permite que haya un mayor y más fácil acceso a la información, realizando así una posible disensión en las acciones de los individuos. Siendo así

⁴ Ver J. Baudrillard, "La crítica de la economía política del signo", México, Siglo XXI, 1987; Baudrillard hace un análisis extremadamente lúcido de la preeminencia del valor de cambio-signo como referente suntuario y serial de los objetos.

⁵ Lyotard, *op. cit.*, p. 10.

que el sistema cerrado y performativo choca de frente con una condición posmoderna regida por la égida de las inestabilidades. Lo discontinuo, diferencial y asintético de la posmodernidad acaba desarticulando el sistema performativo. Así, la eficiencia es incapaz de seguir legitimando. Por lo que Lyotard propone una legitimación por la paralogía, o si se quiere, una legitimación mediante la concertación finita de las catástrofes.

Concertación, consenso, en tanto posibilidad de formulación de reglas que permitan nuevas jugadas individuales. Sabiendo que dichas jugadas terminarán trastocando las reglas alcanzadas mediante el consenso. Siendo que éste es parte del movimiento posmoderno, pero no su fin como pretende Habermas:

... si hay consenso acerca de las reglas que definen cada juego y las jugadas que se hacen, ese consenso debe ser local, es decir, obtenido de los jugadores efectivos, y sujeto a una eventual rescisión. Se orienta entonces hacia multiplicidades de metaargumentaciones finitas, o argumentaciones que se refieren a metaprescriptivos y limitados en el espacio-tiempo.⁶

Lyotard despliega, como respuesta a la segmentación de lo social, una serie de prescripciones consensuales remitidas a localidades precisas y a espacios y tiempos específicos. De esta forma las reglas las formulan solamente los interesados sin que ninguna pretensión de universalidad interfiera. Esto implica una desarticulación de la realidad, pero enmarcada y contenida por un cierto orden temporal sujeto a cambio. Así, ninguna jugada se impone como absoluta; y en cambio se establece una interacción de jugadas que dan lugar a creaciones de lo inefable.

Para Lyotard esto es la justicia, la aceptación de lo desconocido, de la alteridad que amenaza con desquiciar el sistema; en último caso, poder hacer jugadas que por lo menos introduzcan un poco de humor en un entorno entrópico que acecha inexorablemente: "Se apunta una política en la cual serán igualmente respetados el deseo de justicia y el de lo desconocido".⁷

⁶ *Ibid.*, p. 116.

⁷ *Ibid.*, p. 119.

